



# LA INTERVENCIÓN — Y LAS INTERVENCIONES

Ricardo Zúñiga B., Servicio social, Universidad de Montreal

## RESUMEN

En esta nota sobre la intervención, quisiéramos subrayar dos contenidos implícitos que definen las divergencias de punto de vista respecto al concepto mismo. Uno es la división que expresa el hablar de ella en un singular abstracto o en plural. El singular refiere a una visión universalista, necesariamente distante de contextos. La otra hace del plural concreto una referencia explícita a la constelación de relaciones sociales que la definen, incluyendo actores directos e indirectos. En esta segunda visión, insistimos en el análisis de un sujeto colectivo, que hace de ella una acción de sociedad, en la que los supuestos culturales son el telón de fondo de las relaciones interculturales e internacionales que la sitúan y que hacen visibles la diversidad de actores que en ella intervienen.

## PALABRAS CLAVES

Connotaciones implícitas, acción universalista, actores colectivos, acción de sociedad.

## ABSTRACT

In this brief note about the term “intervention”, we would like to increase the visibility of two implicit contents that convey divergences in viewpoints about the concept. The first is the division that remains implicit in the use of the term in its singular and plural voices. The singular evokes an abstract image of an interpersonal process in universalistic terms, while the plural refers to a constellation of social relations that includes direct and indirect actors and grounds it in its everyday contexts. The second insists on the analysis of a collective subject that defines intervention as a societal action. It insists on the inclusion of the cultural presuppositions that mark it and which situate it in its intercultural and international settings, defining explicitly relations that stress the ideological and political rootedness that make it the societal action that cannot afford a universalistic discourse.

## KEY WORDS

Implicit connotations, universalistic social action, collective actors, societal action.

*Ricardo Zúñiga es profesor asociado en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Montreal, en la que ha trabajado desde su arribo al Canadá en 1976. Su área de especialización ha sido el análisis de la intervención desde el punto de la autonomía real de intervinientes y las personas con las que trabajan. Sus publicaciones más recientes se concentran en la autoevaluación des grupos comunitarios y en sus formas de participación igualitaria en contextos de SIDA y de relaciones discriminatorias en relación a pueblos autóctonos y a las poblaciones inmigrantes.*  
ricardo.zuniga@umontreal.ca

## LA INTERVENCIÓN Y LAS INTERVENCIONES

El singular y el plural del término disimulan un diálogo receloso, una relación problemática entre una visión más académica y una más profesional. La tendencia académica adquirida recomienda hacer de la intervención una abstracción respetable; el interés de los prácticos, por su parte, busca que los inviten a un diálogo sobre una situación que saben que conocen en su realidad concreta. Esta tensión puede tironear una revista entre las metas de buscar la dignidad intelectual de una revista, que añora el reconocimiento científico de una profesión de calibre universitario, o la de buscar una pertenencia directa a los intereses de los profesionales en el terreno, que les hable a su cotidianidad, que refuerce su sentimiento que el valor de su trabajo merece ser compartido en la forma y el lenguaje habitual entre colegas. El dilema editorial es frecuentemente la búsqueda de un equilibrio entre la producción prolífica de textos provenientes de académicos y los mucho más escasos de profesionales en la acción directa, que son mucho más reacios a tratar de hablar de su vida cotidiana en el lenguaje que han aprendido a respetar temerosamente en su formación intelectual. Y las consecuencias de la elección de una de estas alternativas es crucial. Cuando se parte de una síntesis global, abstracta, teórica, que se presenta como continuidad con una literatura inmensa, no siempre pertinente a la práctica cotidiana contextualizada, se parte de la cúspide de un trabajo de síntesis de la acción social. Queda aún por definir de qué realidad social se está hablando, y los profesionales del terreno buscan la evidencia que ellos forman parte activa de ese colectivo y que son reconocidos como la primera línea de una reflexión concreta. Cuando se habla de “nuestras intervenciones”, se parte del piso del trabajo artesanal, aquel con las patas en el barro, y se exhibe como evidencia de una

acción consciente, transformativa, de la que se puede aprender directamente, prácticamente, por aprendizaje experiencial de todos los que son participantes directos de la acción del equipo.

Y conviene recordar esta tensión, porque es real, porque llama a dos colectivos con inserciones sociales diferentes a colaborar, a intercambiar sobre la base de un interés común, que les exige establecer un diálogo “inter-contextual”, que es también un diálogo entre dos posiciones sociales, dos formas de vida concretas, ambas con exigencias que las amarran a metas, normas de comunicación y a urgencias que empujan a privilegiar una de ellas. Los intereses en juego son fáciles de aceptar retóricamente como convergentes, pero que distan de serlo y, sobre todo que recuerda que, tras dos discursos hay dos colectivos, que habitan en mundos distintos y distantes, que están sometidos a exigencias, restricciones y urgencias distintas. Para el porvenir de una revista, es importante que esta convergencia no sea asumida como evidente y natural, como una obligación que no exige sino buena voluntad. Ella será el resultado de una capacidad de los contribuyentes a “servir a dos señores”, y en nuestros tiempos, dos señores que tienen rasgos tan tiránicos que los llevan a forzar al pobre autor a rendir pleitesía prioritaria a uno sólo. Ponerse dos camisetas, la de académico y de profesional activo, puede resultar asfixiante.

Si la tendencia académica predomina, el reflector del evaluador buscará la visión universalista de un problema ya reconocido, una fundamentación en la literatura aceptada como de una evidencia de solidez intelectual, una opción justificada teóricamente por un modo de enfocarlo, una estructura explícita, y una meta manifiesta, una tesis. La forma, la claridad explícita del razonamiento deben llevar a demostrar la plausibilidad de un camino y de su fruto. La opción de mostrar la racionalidad en actos de una intervención específica es aparentemente

más modesta: lo que muestra es el foco, lo que demuestra queda para que el lector lo formalice. Su valor está en la evidencia que la intervención ha sido una acción concreta, arraigada en un dónde, en quiénes con nombres y apellidos. Lo que en Chile puede resumirse en el trabajo de meter los “pies en el barro”, los norteamericanos lo describen irónicamente como aceptar ensuciarse las manos con datos concretos. Las presiones para responder a expectativas institucionales son muchas veces rígidas y artificiales (calendarios irreales, metas confusas, exigencias de evidencias artificiales de progreso), afectan y amenazan las posiciones laborales de sus protagonistas. En ambos casos hay una presión para producir innovaciones intelectuales o situacionales, respetando normas y costumbres que no siempre tienen cuenta de las realidades complejas de las vidas laborales. Para ambas tareas, la exigencia paradójica es la de innovar, pero demostrando continuidad con marcos conceptuales o “culturas organizacionales”. Para unos, la abundancia abrumadora de antecedentes intelectuales exige del “marco teórico” y de la revisión crítica de la literatura, una tarea que demasiado frecuentemente se limita a transformar el análisis en simples enumeraciones. Para los otros, el carácter local de prácticas no comunicadas ni en encuentros formales ni menos en publicaciones, los sitúa frente a tareas de búsqueda de síntesis que tienen mucho de trabajo detectivesco. Las vidas que los trabajadores sociales llevan y encuentran no pueden ser simplificadas en términos de objetivos definidos, como les gusta a los planificadores, y la exigencia de originalidad bien socializada es una tarea dura, sobre todo cuando está encuadrada en estas visiones dicotómicas: es la situación que los quebequenses llaman el estar “con una pata en el muelle y la otra en el bote”... El trabajo de todos debe demostrar una contribución a un mundo mejor, aclarando problemas y cambiando situa-

ciones de acuerdo a planes explícitos. Ambos dependen de haber pasado los criterios de aceptabilidad para ser publicados, financiados y autorizados. En este punto, debemos reconocer las consecuencias de una ideología profesional que ha fabricado un problema irreal y por lo tanto insoluble al crear un abismo en una definición del trabajo que ha hecho de “teoría” y “práctica” etiquetas de un dualismo que hace del acto profesional y de la reflexión, dos entidades reales y opuestas, que postulan implícitamente su independencia recíproca y su carácter de actividades que pueden ser divorciadas. El acto real es concebido como ocultando dos actividades distintas, encarnadas en actores diferentes, y los transforma en caricaturas: su postulado implícito es que el pensar que el trabajo social podría realizarse como una actividad independiente de éste, y que el trabajo profesional es una actividad que no comporta una reflexión sobre su intención, su organización y su evaluación. El gran ausente será aceptar que una profesión es un proceso único de interesarse, comprometerse y compartir una realidad con el fin de comprenderla para buscar cómo implicarse en ella, tratando de comprender existencialmente la forma en que una profesión vive en una realidad que se le impone, y que sólo puede ser comprendida en función de una decisión de involucrarse en ella para el acto concreto de transformarla. El aforismo que “no hay nada más práctico que una buena teoría” habría que completarlo con otro, que sería algo así como “no hay buena teoría que no refleje una práctica”: Se puede tomar como regla de método que no hay nada de teórico en la producción de una teoría. Como en toda actividad, ella necesita y se basa en una práctica: trabajo humano, colegas, inscripciones, lugares equipados, etc. (...) La práctica es, por ello, un término que no tiene un opuesto, y que designa la totalidad de las actividades humanas (Latour, 1996, 133; trad. RZ).

Dado que la teoría no es finalmente sino un producto específico de la actividad de ciertos prácticos, podemos avanzar que la práctica subordina la teoría (en tanto que ésta en un sistema de ideas), porque ella es una interacción crítica con un medio que puede desembocar ya sea en la confirmación de la justeza del modelo producido o en su rechazo porque ha resultado ser ineficaz a explicar los fenómenos percibidos y sus interrelaciones

Esta idea de subordinación indica bien que la teoría, no sólo no puede existir independientemente de una práctica que la abre a un mundo exterior, pero que, aún más, su característica esencial es justamente su sumisión a la práctica. Sin esta sumisión a un juicio de realidad, que no es posible que a través de la actualización de una práctica, un sistema de ideas se transforma en doctrina, apoyándose solamente en dogmas para exigir la creencia (Zapata, 2004, 16–17, trad. RZ).

### LAS LARGAS RAÍCES DE LA DEFINICIÓN DIALOGAL

Estas tendencias complementarias pero divergentes de la división de la actividad humana en teoría y práctica se relacionan con otra dupla resbalosa, que separa el análisis que subraya una interlocución entre dos participantes directos, y el que los sitúa en una red de actores periféricos difícilmente controlables, que buscan comprender la intervención como “social”.

Intervenir es un concepto necesariamente relacional. “Alguien” interviene; alguien “es intervenido”. Gramaticalmente, el concepto de intervención sugiere una relación marcada por una intención de afectar el mundo de uno incorporando a él el mundo de otro. El término dista de ser neutro, y lo es menos aún en América Latina. Intervenir implica la voluntad de afectar la vida de otros, sin dejar claro el grado en que ella sea solicitada o aceptada. Las connotaciones de subordinación,

de desigualdad justificada sólo a los ojos que quién interviene, incluso de intromisión invasiva y violenta (para el Larousse, la intervención es un “recurso a una acción enérgica; una operación, como las de un cirujano o una invasión militar invasiva”). Las doctrinas intervencionistas se justifican primero a los ojos de los que las realizan, y sólo luego a los ojos de sus supuestos beneficiarios. La causa primera es siempre materia de búsqueda y de controversia respecto a su origen en fuerzas internas que vivían lo intolerable, en una apreciación de los que la solicitaban, o en la lectura que fuerzas exteriores que la decidieron en la defensa de indefensos. Ambas justificaciones se basan, justamente, en la desigualdad de la relación: ellos no tienen algo bueno (condiciones de supervivencia, vida digna, desarrollo, democracia, buen gobierno,) o algo tienen en exceso (como corrupción, endeudamiento, abuso). Ayudar al indefenso, responder a un pedido de ayuda, actuar porque era lo justo (la famosa explicación política de justificación de los colonialismos, el “White man’s burden” británico, la justificación norteamericana que “It was the right thing to do”) y la respuesta a pedidos de auxilio que muchas veces pueden venir de minorías amenazadas en sus privilegios o de juicios externos de intervención forzada, como en incompetencia parental, alienación mental o acciones antisistémicas (amenazas al orden público, potencial terrorista, separatismos). Las metas se formulan habitualmente en términos benevolentes, que justifican la necesidad de intervenir y los beneficios en que ella redundará: se trata más de cambiar según los valores favorecidos por el interviniente y reconocidos en los intervenidos más que de consolidar, reforzar, reorientar, resignificar según los valores del beneficiario. Los medios se expresan en términos cuidadosamente esterilizados de todo signo de que sean resultados de una búsqueda de poder como enseñar, equipar, concientizar, ayudar, apoyar, encuadrar, mediar,

facilitar, catalizar...

Las referencias previas vienen en gran parte de las afirmaciones en política nacional respecto a minorías disidentes y en política internacional, respecto a desequilibrios de poder y de autonomías nacionales, pero no son exclusivas a esta perspectiva disciplinar. Pensemos en la intervención estatal en las relaciones familiares, educativas, de conflictos locales, que incluyen abandonos, violencias y abusos en relaciones interpersonales. Para ambos niveles, el análisis de la fundamentación de una intervención puede venir no sólo de los interlocutores directos, sino de otros actores como los promotores de la búsqueda del cambio, sus instigadores políticos e institucionales, “los implicados” y “los “afectados” en relación al proceso y su legitimación social (si los responsables están conscientes y preocupados de opiniones publicadas y de encuestas de opinión pública, es difícil negar su participación). Autores en el área de la evaluación de proyectos como Guba y Lincoln (1989) han creado una conciencia compartida que en una acción, mucho más son los no consultados, los olvidados y los excluidos que los que aparecen como actores o promotores. Los efectos perversos de una acción bien intencionada son tan reales como las intenciones buenas, reales o hipócritas.

### LOS ACTORES Y SUS ARRAIGOS DE SOCIEDAD

Dos actores autónomos o con margen de maniobra situacional están siempre presentes, pero pueden ser vistos en términos dialogales o socialmente analíticos. Un litigio entre dos esposos puede tener una institución religiosa como participante activa (apoyo grupal, refuerzo de convicciones, dirección espiritual). Un esfuerzo disciplinario de un padre puede atraer la participación de la esposa, de la escuela, de los compañeros, de la asociación de padres, de la policía, de la dirección del colegio, e incluso de la opinión pública, informada por un pe-

riodista o por Facebook. La pregunta se reformula: en una relación conflictual entre padre e hijo, ¿Quién participa? ¿Quiénes son “los actores”? Una cita de Lucien Goldman, filósofo francés que marcó los años sesenta, puede darnos una pista:

Si, como decía, levanto una mesa muy pesada con mi amigo Juan, no soy yo quien levanta la mesa, ni tampoco es Juan. El sujeto de esta acción, en el sentido más riguroso, está constituido por Juan y yo (y, para otras acciones, habría que agregar otros individuos en número mucho mayor). Es por ello que las relaciones entre Juan y yo no son relaciones sujeto-objeto, como en la libido, el complejo de Edipo, por ejemplo, ni son relaciones intersubjetivas, como lo piensan los filósofos individualistas que parten de la base que los individuos son sujetos absolutos. Ellas son lo que me atrevería a nombrar con un neologismo, relaciones intrasubjetivas, es decir, relaciones entre individuos que son, cada uno de ellos, elementos parciales del verdadero sujeto de la acción (Goldman, 1970, p. 102.)

¿Quién interviene en una relación? Los interlocutores directos, evidentemente. Pero no hay que olvidar que ellos están presentes de partida como sujetos. Lo que no quita que su presencia incluye su carácter de representantes de grupos mucho más amplios: muy al contrario. Si en la vuelta de la tortilla metafísica de Santo Tomás de Aquino “persona dice relación”, dos sujetos en relación activan las relaciones de todas sus pertenencias, asociaciones, contactos y referencias—conscientes o no. Son sujetos que reflejan su pertenencia a una institución que los define en sus competencias, a una posición social que los ubica en su mundo, a una situación de trabajo que es su ganapán, a una familia que los encuadra, a una cultura que orienta los márgenes de maniobra en cuanto a fines y medios legítimos, y en cuanto a las prioridades valóricas que orientan su trabajo. Y esta doble subjetividad tiene una primera consecuencia. El diálogo

supondrá un margen de autonomía personal de interviniente y de intervenido:

La intervención del trabajador social implica y exige dos autonomías. Sin la autonomía profesional del profesional, la intervención se reduce a obtener la información exigida, o se limita a una orientación hacia los recursos institucionales disponibles. En esta relación, no puede sino ver al profesional como un funcionario, sin ningún poder de decisión, frente al cual será más prudente mantener una distancia prudente para defender sus propios intereses. Sin la plena autonomía del cliente, orientada y solidaria, y con los medios necesarios para pasar a una acción socialmente eficaz, la reivindicación de la autonomía del profesional se empobrece al limitarse a una defensa de sus intereses. La apuesta en juego en la intervención del trabajador social es, así, esta cooperación entre dos autonomías (Zúñiga y Boucher, 1993, p. 172; trad. RZ).

Una segunda consecuencia, harto más difícil de tener presente y de aplicar al trabajo reflexivo, es recordar que este sujeto que interviene tiene la dura tarea de estar consciente de su propia subjetividad, como actor personal, con toda su historia y su posición social, y también como miembro de una institución, de una cultura y de los parámetros que ellas determinan para su intervención:

Una empresa de objetivación sólo está científicamente controlada en proporción a la objetivación que se hace del sujeto que la realiza. Por ejemplo, cuando emprendo la tarea de objetivar un objeto como la universidad francesa, de la que soy parte, enfrente la tarea (y debo estar consciente de ello) de objetivar todo un sector de mi inconsciente específico que podrá ser un obstáculo a mi conocimiento de este objeto, dado que todo progreso en el conocer sigue siendo inseparable de mi conciencia de mi relación al objeto (...). En otros términos, mis posibilidades de ser objetivo aumentan en el grado en que he objetivado

## ESTE SUJETO QUE INTERVIENE TIENE LA DURA TAREA DE ESTAR CONSCIENTE DE SU PROPIA SUBJETIVIDAD, COMO ACTOR PERSONAL, CON TODA SU HISTORIA Y SU POSICIÓN SOCIAL, Y TAMBIÉN COMO MIEMBRO DE UNA INSTITUCIÓN, DE UNA CULTURA Y DE LOS PARÁMETROS QUE ELAS DETERMINAN PARA SU INTERVENCIÓN

mi propia posición (social, universidad, etc.) y los intereses que están en juego, especialmente los propiamente universitarios que está ligados a esta posición. ( Bourdieu, P., 2001. Ciencia de la ciencia y reflexividad, 180–181, trad. RZ) ]

### DESAFÍOS PARA UNA COMPRENSIÓN SOCIAL DE LA INTERVENCIÓN SOCIAL

Las ciencias sociales latinoamericanas denuncian hace ya largo tiempo (y muchas veces desde el exilio) las limitaciones y distorsiones de la visión celestial de la realidad humana, en la que sería de mal gusto denunciar la miseria, la destrucción de vidas humanas y de comunidades como factores de distracción para una ciencia social pura, universal, exportable e importada. Tal vez este texto de Pablo González Casanova, el infatigable ex-rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, resume los esfuerzos de generaciones de científicos sociales latinoamericanos en romper las barreras del claustro académico, para dejar entrar la historia concreta

de un pensar que no aceptó las reglas del juego académico internacional.

Las nuevas ciencias no muestran la necesaria modestia para enfrentar coherentemente sus propias limitaciones. Pocas veces sus autores mencionan los procesos entrópicos que amenazan al sistema-mundo como sistema de dominación, depredación y acumulación capitalista. En su enlace con los problemas humanos a lo sumo llegan a señalar los peligros del nuevo Leviatán de los complejos militares-industriales, del socialismo de Estado o del populismo. Cuando llegan a proponer una alternativa democrática, no incluyen las alternativas de la liberación y el socialismo, o la crítica de las megaempresas y el capitalismo, o al racismo y al imperialismo, ni señalan los males de las burocracias, las mafias y las nomenclaturas junto con la de los gerentes, las élites, los especuladores, los armamentistas, los narcos y las autoridades del Banco Mundial. La alternativa democrática de la inmensa mayoría de los científicos es muy superficial y limitada y rara vez repara en el sistema de dominación, acumu-

## LA ESTRATEGIA NO ES LA DEFENSA DE UN ENFOQUE, SINO AYUDAR A DISIPAR LA BRUMA DE EQUÍVOCOS QUE PUEDE OSCURECER UNA INTENCIÓN MAL DEFINIDA EN SU CAMINO A CONVERTIRSE EN PROYECTO VIABLE.

lación y mediación o en el significado práctico de un gobierno del pueblo, para el pueblo y con el pueblo. Su conocimiento por objetivos ve y no mira esos objetivos. (González Casanova, 2005, p. 402).

Este trabajo, siempre presente en la historia latinoamericana, cuenta en la actualidad con el trabajo monumental de Boaventura de Sousa Santos, abogado y sociólogo portugués que, a través de sus impresionantes publicaciones y su igualmente monumental proyecto Alice, sigue el arduo trabajo de recordar machaconamente que las ciencias sociales son sociales en su visión de globalidad y en su búsqueda de un pensar que se arraigue en la experiencia, no sólo de personas sino también de sociedades y de pueblos. Su proyecto de investigación Alicia<sup>1</sup>, en referencia al realismo abierto del personaje de Lewis Carroll, “Alicia en el país de las maravillas”, insiste en las ideas que trabaja hace años en crear redes de solidaridad entre pueblos, y en reforzar la defensa de lo que él ha llamado el “epistemicidio” de la represión de las “epistemologías del Sur”. Me temo que quisiera compartir otra

referencia, ésta proveniente de la última versión, publicada en inglés, de su inmenso trabajo sobre las epistemologías ignoradas, despreciadas y pisoteadas de los pueblos indígenas, marginales y oprimidos:

Prefacio. Tres ideas básicas fundan este libro. Primero, la comprensión del mundo sobrepasa, y por muy lejos, la comprensión que de él ha mostrado el Occidente. Segundo, no hay justicia social global sin una justicia cognitiva global. Tercero, las transformaciones emancipadoras en el mundo pueden seguir otras gramáticas y otros guiones que los que han sido desarrollados por la teoría crítica centrada en el Occidente, y ésta variedad debe ser valorizada.

Una teoría crítica tiene como premisa la idea que no hay otro modo de conocer mejor el mundo que anticipando otro mundo mejor. Esta anticipación provee los instrumentos intelectuales que permitan desenmascarar las mentiras institucionalizadas y nocivas, que sostienen y legitiman la injusticia social y el impulso político de luchar contra ellas. Una teoría crítica es, por lo tanto, carente

de sentido sin una búsqueda de verdad y de curación, aún a sabiendas que, finalmente, no hay verdad final ni curación definitiva. (Santos, 2014, p. viii, trad. RZ).

### ¿QUÉ HACER? ¿QUÉ PRIVILEGIAR?

Los desafíos de una nueva revista de trabajo social no pueden evitar situar la intervención como tema central, un desafío en su definición de autores y públicos. El trabajo es resbaloso: no se cambian tan fácilmente los sentidos habituales de términos de uso frecuente, no se consigue fácilmente separarlos de sus connotaciones.

La intervención es uno de esos términos. Hablar de intervención, de intervinientes y de intervenidos es de mal pronóstico. Alejarse de su sentido primero, de acción caritativa de ayuda de los que tienen a aquellos que han sido filtrados cuidadosamente –no en términos de necesidad sino primariamente de mérito–, va contra la corriente. En francés, el asesor es todavía el “aumonier”, el limosnero de una familia caritativa, que le en-

cargaba la tarea de filtrar de entre los pobres aquéllos que eran “meritorios”. En la ironía corrosiva de Jacques Brel, la señora patronal (madrina) tejía a sus protegidas chalecos color “caca de ganso”, para así poder mejor identificarlas en la iglesia<sup>2</sup>. Lo que suena ridículo sigue siendo la tarea ingrata heredada por los trabajadores sociales, que deben filtrar las necesidades para distribuir recursos siempre insuficientes. La producción de instrumentos de evaluación de necesidades y su aplicación permiten laicizar al limosnero parroquial, pero no hacen más fácil su tarea de hacer pasar los necesitados por el embudo de los recursos insuficientes. La evaluación como filtración es la lógica de la red de pescar, que deja escapar los peces chicos. Los autores de proyectos arraigados en el terreno tienen siempre la tentación de poder melodramatizar la urgencia que constatan aumentando los puntajes que definen la necesidad. En castellano, los diccionarios la asocian a intrusiones violentas en la vida de pueblos y de personas. Intervenir militar, social o profesionalmente implica habitualmente despojar a alguien de la autonomía que para él o ella sería más abandono que libertad. Por suerte, el término no gana popularidad, porque hablar de los intervenidos y de pobres meritorios obligaría a tener que tejer tantos chalecos color caca.

La política es otro término incómodo. Defender a “los señores políticos”, limpiar la política de la politiquería y de la corrupción es tal vez una tarea posible, pero no parece una misión científica ni profesional. Escribir implica la doble responsabilidad de responder a las expectativas atribuidas a su público conocido y sobre todo a su público previsto. ¿Revista para quiénes?, ¿revista para qué? El significado y el sentido de una revista, que es tanto disciplinar como profesional, no son consensuales, no implican una homogeneidad de intereses. ¿Informar, alimentar, activar, atizar? Conocemos bien las intenciones, las expectativas y el espacio que po-

dría encontrar para identificar los para qué y los cómo? Participar en intercambios o dictar cátedra? Este trabajo no responde a todas las esperanzas y expectativas. No puede hacerlo mientras no escudriñemos en nosotros mismo nuestros intereses, nuestra capacidad de convergencia, de encontrar un área reconocible y delimitada de encuentro.

Hay un campo, que es difícil de llamar “disciplina”, “profesión”, “oficio” o “vocación”, pero que es todos ellos. Si vamos a hablar de intervención, ¿qué subrayamos como rasgos esenciales y como estructura social? ¿qué exigimos como contribución a nuestro cotidiano de trabajo social? Al escribir estas notas, nuestra opción ha sido la de situarnos en el punto de partida. La estrategia no es la defensa de un enfoque, sino ayudar a disipar la bruma de equívocos que puede oscurecer una intención mal definida en su camino a convertirse en proyecto viable. Se puede guardar un optimismo fundado, al seguir con simpatía y solidaridad los esfuerzos por avanzar con los medios limitados en el campo académico y sus ideologías sintomáticas de los debates de sociedad y en prácticas que encuentran rápidamente sus límites en las restricciones de libertad, las desigualdades y las mordazas. Con esfuerzo se avanza. No en todos los puntos, no en todos los mundos sociales; pero recordando el trabajo de pioneros, siguiendo las pequeñas aperturas en la concepción de la investigación, el Leviatán positivista ha mostrado el Mago de Oz tras bambalinas. La idea de ver en los “objetos de estudios” personas tan personas como el investigador o el profesional. Ver al cliente, paciente, o caso, como plenamente humano, obliga a mirarse en el espejo, y a preguntarse en qué grado he podido guardar mi propia humanidad, reconocer mi propia subjetividad y el grado en que toda acción mía, sea de reflexión o de acción directa, debe estar firmada, porque soy responsable de ella, porque ella expresa mi identidad. Ambos, juntos, somos colaboradores, socios

(en la literatura en francés y en inglés, “partners, partenaires - ver un buen ejemplo en Bernier, 2014). Investigación, investigación-acción y acción comunitaria, investigación cualitativa, investigación colaborativa: como la inquieta Mafalda y la minúscula Libertad, vamos viendo la posibilidad de hablar de acción reflexiva, crítica, constructiva y, por otro lado, colectiva, colaborativa, igualitaria. Tal vez podría dejar este cuadro incompleto con la visión utópica de los antropólogos que buscan unirse a las Epistemologías del Sur, a los Quijotes que denuncian los epistemicidios que han sido sordos a las contribuciones que perturbaban los modelos epistémicos autocomplacientes.

El Grupo de Trabajo El Dorado (sobre una antropología colaborativa e igualitaria) insiste en que la antropología de los pueblos indígenas y de comunidades relacionadas avance hacia modelos “colaborativos”, en los cuales la investigación antropológica no sea solamente combinada con un apoyo (advocacy), sino que lo sea de modo intrínseco, en el que la investigación apunta, de partida, a producir beneficios materiales, simbólicos y políticos para la población estudiada tal como sus miembros hayan ayudado a definirlos. La investigación colaborativa implica el trabajo conjunto de todas las partes en un programa de investigación que sea mutuamente beneficioso. Todas las partes participantes son socios iguales, involucrándose en el diseño de la investigación y todos los otros aspectos mayores del programa, trabajando juntos hacia una meta común. La investigación colaborativa implica mucho más que retribuir o compensar bajo formas de ayuda a sus causas y contribución a sus necesidades sociales. Sólo el modelo colaborativo ofrece un intercambio total (“a full give and take”) en el que, en cada etapa de la investigación el conocimiento y la experticia sean compartidas. En la investigación colaborativa, la comunidad local definirá sus propias necesidades y buscará expertos en su seno y al exterior



para desarrollar programas de investigación y de acción. En el proceso de realizar esta investigación sobre las necesidades identificadas por la comunidad, los expertos externos pueden encontrar conocimientos que sean de interés para la teoría antropológica. Sin embargo, el prestarles atención y hacer publicaciones sobre ellos deberá ser desarrollado en el encuadre de colaboración, y podrán ser descartados si no reflejan igualmente los intereses de todos los colaboradores. En la investigación colaborativa, los expertos locales trabajan juntos (“side by side”) con los investigadores externos, con un pleno diálogo de intercambio de sus conocimientos. Ellos no excluirían las formas convencionales de entrenamiento en la producción de éste. (Lassiter, 2005, Prefacio, p. ix., trad. RZ. Nota: en la traducción de este texto se ha preferido guardar el término de investigación “colaborativa” más bien que reemplazarlo por otros como “cooperativa”, que tienen matices y connotaciones diferentes, que pueden desviar del sentido original). ●

1. Ver su página web <http://alice.ces.uc.pt>

2. Pour faire une bonne dame patronnesse  
Tricotez tout en couleur caca d'oie  
Ce qui permet le dimanche à la grand-messe  
De reconnaître ses pauvres à soi  
Ce qui permet le dimanche à la grand-messe  
De reconnaître ses pauvres à soi

#### Referencias bibliográficas

Bernier, J. (2014) La recherche partenariale comme espace de soutien à l'innovation. *Global Health Promotion*, 2014, Vol.21 (L\_suppl), pp.5863.

Bourdieu, P. (2001) *Science de la science et réflexivité*. Paris, Raisons d'agir.

Bourgeault, G. L'intervention sociale comme entreprise de normalisation et de moralisation: peut-il en être autrement? À quelles conditions? *Nouvelles pratiques sociales*, Vol. 16, No 2, p. 92-105.

Goldman, L. (1970) Le sujet de la création culturelle. En *Marxisme et sciences humaines*. Paris: Gallimard, 1970, p. 94-120.

González Casanova, P. (2005) *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la Academia a la Política*. Anthropos Editorial (Rubí, Barcelona) / Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM). México.

Guba, E. G., Lincoln, Y. S. (1989) *Fourth generation evaluation*. Newbury Park, CA: Sage.

Lassiter, L. E. (2005) *The Chicago Guide to Collaborative Ethnography*. Chicago Guides to Writing. The University of Chicago Press

Latour, B. (1996) Sur la pratique des théoriciens. Dans Barbier, J-M (1996) *Savoirs pratiques et savoirs d'action*. Pédagogies d'aujourd'hui, PUF, Paris. P. 131-146.

Santos, B. de Sousa (2014) *Epistemologies of the South. Justice against epistemicide*. Boulder, London: Paradigm Publishers. <http://www.boaventuradesousasantos.pt/pages/en/homepage.php>

Zapata, A. (2004) *L'épistémologie des pratiques*. Pour l'unité du savoir. Paris, L'Harmattan.

Zúñiga, R., Bouchen, N. (1993) *Autonomie des clients, autonomie des praticiens: les deux faces d'un enjeu social*. *Intervention*, Montréal, 95, juin, 64-72.